

*Norma justitiæ.*  
*Speculum pudicitie.*  
*Regula penitentiæ.*  
*Prodigiorum mirabilis.*  
*Magister obedientie.*  
*Exemplum virtutum.*  
*Patriarcha pauperum.*  
*Cultor pacis.*  
*Profligator criminum.*  
*Lumen tue patriæ.*  
*Decus morum.*  
*Expugnador dæmonum.*  
*Vivificator mortuorum.*  
*Salvator famelicorum.*  
*Obsequium leprosoꝝ.*  
*Præco magni regis.*  
*Forma humilitatis.*  
*Victor vitorum.*  
*Planta minorum.*  
*Lucerna populorum.*  
*Martyr desiderio.*  
*Prædicator silvestrium.*  
*Portans dona gloriæ.*  
*Auriga militiæ nostræ.*  
*Novis utens prodigiis.*  
*Cælum cæcis aperiens.*  
*Gratum gerens obsequium.*  
*Templum Christo consecrans.*  
*Hostes malignos proterens.*  
*Prodigium nature.*  
*Spargens virtutum munera.*  
*Ad gloriam iter amplians, ora pro nobis.*



## CAPÍTULO IX.

## LA ORDEN TERCERA.

Dos corrientes en la Edad media. — La Iglesia encauza la corriente ascética. — Carácter, objeto y regla de la Orden Tercera. — Su utilidad social. — Luquesio y Bonadona. — Mateo de Rubeis. — División de la Orden. — Palabras de Pedro de las Viñas. — Terciarios célebres. — San Fernando y Berenguela su madre. — San Luis y Blanca de Castilla. — Dante, Calderón y Lope de Vega. — Últimas horas de Cervantes. — Colón en la Rábida. — La Orden Tercera en nuestros días.

.....  
*Io aveva una corda intorno cinta.*  
 .....

(Dante, *Inf.*, C. XVI.)

A la cintura tenía yo ceñida una  
 cuerda.

(Dante, *Inf.*, C. XVI.)

**A**DVIÉRTENSE en la Edad media dos corrientes sociales: de actividad, esfuerzo y combate la una, la otra de retiro, ascetismo y desprendimiento de la vida terrena. Origina la primera las empresas extraordinarias, las encarnizadas y continuas pugnanzas, los rasgos de heroísmo mixtos de barbarie; de la segunda se engendran los casos de voluntario sepelio en oscuras celdas, las penitencias rigurosas y espantables, los retiros á eriales y montes broncos, á horridas espeluncas, á desiertos de toda humana vecindad



remotos. Frecuentemente ocurre que ambas direcciones se reparten la existencia de un hombre, y no escasean figuras como la de Juan de Briena, primero infatigable campeador, victorioso en justas y palenques y encuentros y batallas, que con ayuda sólo de su fuerte brazo realizó la más romántica novela que soñar pueda la imaginación; ocupar el tálamo de una princesa hermosa, ceñirse diadema real, y un día, de pronto, descender voluntariamente de la cima de las grandezas, con el propio gentil talante con que la había escalado, y enterrarse vivo bajo un hábito, y macerar su cuerpo, hecho á púrpura y armiño, y morir descalzo y pobre sobre las losas del pavimento. Hay en la Edad media, — al par que fe pujante y briosos alientos para acometer hasta lo imposible, — no sé qué vago convencimiento de la nada de las cosas, percepción confusa del mal del humano vivir, pesimismo creyente que llevaba á pisotear las venturas deleznable y los efímeros y vanos bienes de la tierra, y á buscar el reposo, allí donde se halla, en el apartamiento, en la renuncia á todo interés perecedero. El oficio de la Iglesia fué equilibrar la fuerza de dos corrientes tan opuestas, evitando preponderarse la última y extinguiese — como en los países budistas — toda energía y acción social.

Salía apenas Europa de la penosa crisis de su nueva organización, y al mundo cristiano amagaba el grave peligro de encerrar su lozana vitalidad en los claustros. Si leemos las historias y crónicas de aquellos días, parece á veces que el Occidente entero aspira á sumirse en la contemplación, interrumpiendo el curso glorioso de los triunfos que le aseguraron la primacía del orbe. Mas no es posible: la civilización cristiana ha de seguir su marcha: el germen no se deja ahogar:

y la Iglesia, encargada de custodiarlo, lo preserva de semejante riesgo.

Uno de los momentos en que más se pudo creer que pueblos enteros pretendían eximirse de la vida activa y sus cuidados y aniquilarse en masa, fué aquel en que Francisco de Asís, recorriendo Umbria y Toscana, vió que á su paso se despoblaban villas y aldeas, y que le seguía inmensa multitud, pretendiendo toda ella abrazar, á imitación suya, el estado religioso; y se disolvían las familias, y parecía romperse el nudo conyugal, y maridos y mujeres se echaban á sus pies, rogándole los cifese con la cuerda y vistiese con el sayal penitente. Entonces, á fin de contener el desbordamiento ascético sin menoscabo del ardiente fervor de la devoción, concibió el plan de su *Orden Tercera*, gran confraternidad laica, que con razón sería llamada francmasonería católica, si algún misterio cupiese en su clara regla, y si alguna enfática y burlesca ceremonia comprendiesen sus ritos. Lo que admira en las constituciones de la Orden Tercera es el profundo conocimiento de las necesidades de la época que revelan y el criterio eminentemente social que las dictó. Más que fruto de una mente caldeada y exaltada por místicos arrobos, enflaquecida por el ayuno y la mortificación, parecen obra de un legislador reflexivo, encanecido en ahondar problemas sociológicos. La Orden Tercera, primeramente llamada Orden de los Hermanos y Hermanas de la Penitencia, admite en su seno clérigos y laicos, célibes y cónyuges, varones y hembras; ninguna excepción; caben en ella cuantos profesen la fe católica y se reconozcan hijos de la Iglesia. Cuatro condiciones se imponen para el ingreso: restituir los bienes mal ganados; reconciliarse leal y plenamente con los enemigos; observar el De-



cálogo, los mandamientos de la Iglesia y la regla; y, para las mujeres casadas, consentimiento expreso ó tácito del marido. No obstante, la infracción de la regla no constituye pecado mortal; así se mantiene libertad continua, aquiescencia del todo espontánea en el hermano. Para formar parte de la Orden, el postulante era examinado de la fe; y al solicitar entrada, los ministros inquirían diligentes su oficio, estado y calidad, y le reiteraban mucho las condiciones, insistiendo en la restitución de lo ajeno. Al ser recibido, era exhortado también con empeño á que pagase sus atrasos y deudas. No era obligatorio un traje dado, pero sí la humildad y sencillez en el vestir; la ropa de las mujeres había de ser ancha, de colores apagados, de forma por todo extremo honesta, ceñidas las mangas y altas de cuello las túnicas; las pieles, pobres y de cordero; las bolsas, de cuero sin ribete ni cinta alguna de seda. Estaba vedado á hermanos y hermanas asistir á convites, autos ó regocijos bulliciosos, y dar cosa alguna á histriones y juglares; y prescritas ciertas prácticas, ayunos, confesiones, comuniones y rezo de horas. No se les consentía traer consigo armas ofensivas, sino es para defensa de la Iglesia romana, la fe de Cristo ó la patria (1). En el plazo de tres meses desde su admisión en la Orden debían hacer testamento. No eran lícitas entre hermanos terceros rencillas ni discordias, y si alguna surgiese, al punto las dirimían los superiores ó el obispo. Prohibido el juramento solemne, salvo cuando lo requiriese la paz, la fidelidad, el despejo de una calumnia, y los contratos de donación, compra y venta. Cada tercero tenía encargo de ejercer en el seno de su familia pedagogía moral, exhortándola y reformando sus costumbres.

Bien distinta es la sociedad contemporánea de aque-

lla para la cual fué estatuida tan sabia norma, y con todo eso, si no consideramos en la Orden Tercera su carácter religioso y la juzgamos únicamente como regla ética, veremos de cuánto provecho sería su observancia para muchos males de los que hoy nos afligen. Básase en una tendencia general á la modestia en vida y costumbres; más bien que la pobreza material, reclama el espíritu de pobreza, lo contrario del ansia inmoderada de goces que consume en el día á todas las clases sociales. El arreglo de los negocios temporales, el testamento pronto, evitados los litigios, pagadas las deudas, son otras tantas garantías de orden y moderación que algo pudieran contribuir á encauzar el torrente de lujo y prodigalidad, por desdicha tan arrollador y desatado. Y, para aliviar la honda llaga de nuestro siglo, para apaciguar un tanto la sorda, pero enconada lucha entre el proletario y el poseedor, ¿dónde hay más humano y suave bálsamo que aquella confraternidad de los terciarios, cuando movidos de generoso impulso ponían en común sus haciendas, logrando así que la estrechez de cada uno se remediase con la abundancia de todos, y alcanzando aún las sobras para fundar hospitales y repartir limosnas (2)? Al lamentar los progresos del socialismo, al deplorar que el comunismo vandálico se levante amenazador ante nuestras viejas sociedades ¿no pudiéramos convenir en que gran parte de culpa en el mal toca al individualismo egoísta de las clases pudientes?

Por diversas razones fué la nueva institución de Francisco de Asís en sumo grado benéfica, y utilísima en cuanto robusteció los fundamentos de la familia y de la potestad civil con todo el vigor del sentimiento religioso. Santificados se vieron en ella los fines prác-



ticos de la vida, y el hombre que no tenía hogar, hijos ni bienes, bendijo los desposorios, la actividad humana, el comercio que enriquece á las naciones y el trabajo que las dignifica. — « Sin romper — dice un historiador de la Iglesia (3) — la unión de los matrimonios, ni despoblar el país, prometióle una legislación espiritual que, en medio del mundo, brindase la paz de la vida religiosa. »

Tejió la leyenda sus áureas gasas para envolver el origen de la Orden Tercera en la mente de su fundador. Aparecióse Cristo una noche á Francisco pidiéndole que le diese cuanto poseía; y respondiendo él que sólo era dueño de su pobre túnica: — « Mete la mano en tu seno — insistió Cristo — y ofréceme lo que encuentres. » — Obedeció Francisco, y con gran sorpresa suya sacó hasta tres monedas de oro. Cristo le dijo entonces: — « Esas monedas son las tres Ordenes que fundarás, y durarán hasta la consumación de los siglos (4). »

Fué primero en vestir el hábito de terciario un mercader del estado de Florencia, Luquesio, hombre rico y agenciador, acérrimo güelfo, que repentinamente se consagró á la piedad con el mismo ardor que antes al lucro y la política. Al atravesar Francisco la villita de Poggibonzi, en Toscana, Luquesio, que en otro tiempo era su amigo, y que ya comenzaba á dedicarse á caridades y penitencias, estaba allí con su mujer Bonadona, dueña honrada, pero económica en demasía y muy zelosa del dinero de sus arcas. Vió ésta un día que su marido daba á los pobres cuanto pan había cocido ella en el horno, y que aun ordenaba distribuir más, y le apostrofó diciendo: — « Cabeza sin juicio y enflaquecida por el ayuno, cómo así descuidas tus intereses (5)? » — Luquesio entonces la obligó á abrir la

artesa donde se guardaba el pan, y hallándola más colmada que antes, pesó á Bonadona su dureza y comenzó á emular en beneficencia al esposo. Como ambos pidiesen á Francisco una regla de vida, él les vistió un traje de corte usual, pero de cieno paño y ceñido con cuerda, y oralmente les comunicó los estatutos de la Orden Tercera, que escribió más adelante. Ingresó en ella el segundo un patricio romano de la esclarecida sangre de Orsini, Mateo de Rubeis, que conoció á Francisco en Roma, y le convidó á su mesa; y aunque éste aceptó el convite, en mitad de él huyó, y fué á mezclarse con los mendigos que á la puerta esperaban los relieves del banquete. Mateo le dijo: — « Hermano Francisco, pues no quieres comer conmigo, comeré yo contigo »; — y participó á su vez del festín de los pordioseros. Tenía Mateo un niño llamado Juan, á quien Francisco tomó en sus brazos, pronosticándole que llegaría á papa, y rogándole que para entonces fuese con su Orden benigno. Llamóse después aquel párvulo Nicolás III (6).

Como no era letra muerta la regla de los Terciarios, antes se observaba estrecha y rigurosamente en sus ápices menores, y en realidad vivía en las conciencias, presto llegó á ser una fuerza social. Á los veinte años de fundación había cundido como planta vivaz, y sus raíces penetraban hasta el corazón del pueblo italiano. Pedro de las Viñas, aquel oscuro estudiante de Bolonia á quien su talento poco común elevó á canciller imperial y brazo derecho de Federico II, escribía alarmado al César: — « Los hermanos Menores y Predicadores se han alzado contra nosotros en odio; públicamente han reprobado nuestra vida y conversación; han quebrantado y anulado nuestros derechos... Y he aquí que para enervar más aún nuestro poder, y pri-



varnos de la adhesión de los pueblos, han creado dos nuevas cofradías, que comprenden á todos, hombres y mujeres. La multitud acude á ellas, y apenas se halla persona que en una ó en otra no esté inscrita » (7). — Porque es de advertir que á su vez Domingo de Guzmán estableció una Orden análoga á los Terciarios, bajo el nombre de *Milicia de Cristo*. Así en la gigantesca lucha trabada en Italia entre el cesarismo y el pontificado, entre el poder heterodoxo é invasor de Alemania y la idea nacional que representaban los güelfos, las cofradías de Terciarios vinieron á ser como la organización del pueblo, los comités en que el sentimiento patrio halló la fórmula de su unidad y se reconoció enlazado por la aspiración á la independencia (8).

En cuanto á los frutos espirituales de la Tercera Orden de Asís, lea el que pretenda conocerlos las vidas maravillosas de aquellos terciarios antiguos, conforme las narran las crónicas sencillas, escritas tal vez por oculares testigos, y llenas, por tanto, de color y fuerza, de persuasión y ternura. Terciarios fueron algunos de los hombres más ilustres con que la humanidad se honra; y es de notar que no se ciñeron por mera fórmula la cuerda de nudos, y que sus actos llevan impreso un sello particular, un cristianismo acendrado y puro, que llamar pudiéramos espíritu franciscano.

Embarga el ánimo de respeto encontrar en las páginas de la historia — á vueltas de tanto célebre bandido, de tanta magna iniquidad vestida de proeza — algún nombre de los que igualmente la llenan con el brillo de sus virtudes: figuras luminosas é inmaculadas, horizontes claros entre turbias nubes, honor de la humana especie, y alegría del mundo. Isabel de

Hungría, cuya vida en otra parte se reseña, é Isabel de Castilla, que tiene escrita la suya en la página más resplandeciente de nuestros anales; san Luis y san Fernando, los dos reyes en quienes tomó carne el deal monárquico; Dante, que cantó la gran epopeya católica, y Cristóbal Colón, que realizó la gran epopeya humana: en suma, los personajes más extraordinarios y simpáticos de la Edad media y del Renacimiento, llevan todos la cuerda tosca de san Francisco, como símbolo de un pensamiento fijo en lo divino, en medio de la incesante y gloriosa labor de su existencia.

Extraño destino el de san Fernando. El incansable adalid de la Iglesia y de la unidad religiosa hispana, nació bajo el peso de las censuras pontificias, que condenaban el matrimonio de su padre Alfonso de León con su madre Berenguela de Castilla, á la cual le unía parentesco en grado prohibido, como ya le aconteciera con su primer desposada Teresa de Portugal. El rayo de Roma hirió á los enamorados cónyuges; el entredicho enlutaba el reino de León, y entorno de la cuna del bienaventurado niño rugía la cólera celeste. Cuando Fernando fué reconocido y jurado heredero del trono, ya se habían separado sus padres, acatando al fin las reiteradas intimaciones de la Santa Sede. Aquel consorcio reprobado y maldecido produjo el más grande, sin duda alguna, de los cristianos príncipes. Frecuentemente le comparan los historiadores á Luis IX de Francia, y, en efecto, existen semejanzas notables entre ambos. Una de las que más presto se echan de ver, es la de las madres, que á los dos tocaron en suerte. Berenguela no es inferior en nada á Blanca de Castilla. Pertenece á la raza de ilustres princesas del siglo XIII, que reunieron las



cualidades que más realzan á su sexo y las dotes varoniles necesarias para la gobernación del Estado : díganlo sus hechos, su odisea interesantísima; desde Autillo, hasta hacer aclamar á su hijo en Valladolid (9). Prosigue el hado singular de Fernando, disponiendo que el más piadoso doncel del mundo comience su carrera por guerrear contra su mismo padre, empeñado en arrebatarle la corona. Como san Hermenegildo, Fernando hubo de desacatar mal de su grado la autoridad paterna, y ayudóle su madre, vendiendo joyas y adornos para sostener la lid : y aunque fué el leonés vencido, todavía insistió en la demanda, hasta que con mejor consejo se resolvió á pactar treguas y á ceder por último. Ocurrió entonces el fallecimiento del irreconciliable y jurado enemigo de Berenguela, del cizañero y violento don Álvaro de Lara, instigador de Alfonso, y causante de cuantas turbulencias nublaron la aurora del reinado de Fernando; y como muriese pobre, Berenguela regaló el paño de brocado para amortajar decentemente su cadáver.

De las felices nupcias entre la hermosa Beatriz de Suabia y el joven rey castellano, nació aquel gran trovador de la Virgen, aquel varón de ciencia, conocido por Alfonso el Sabio; y vino al mundo el propio año en que sus padres colocaban la primera piedra del poema gótico que se llama la catedral de Burgos. Desde la misma fecha comenzó Fernando la serie de hazañas, que ellas solas bastaran á inmortalizarle. Distinto en esto de san Luis, dijérase que la victoria, abriendo sus alas de oro, seguía á sus ejércitos, y que la fortuna dejaba atrás el esfuerzo de su incontrastable espada y brazo. Andújar, Martos, Baeza, Loja, Alhama, infinidad de villas y castillos de que eran señores los árabes, cayeron en su poder; vencedor entró

en Córdoba, y la mezquita de los kalifas, el bosque de columnas de oro y colores, semejante á las perspectivas sensuales del Corán, presenció el sacrificio incruento, y, según frase de un gran poeta germánico, — « en la torre donde el muecín convocó á la plegaria, resuena ahora la campana cristiana con melancólico tañido » (10). — Rota, Jerez, Sanlúcar y Arcos, se rindieron á sus armas, y, finalmente, la perla del Guadalquivir, Sevilla la magnífica, hubo de doblar la frente y recibir la cruz. Fué entonces cuando el sabio infante Alfonso pronunció unas palabras, que nos valieron la conservación de una joya artística. Solicitaban los moros, para capitular, que se les permitiese el derribo de su mezquita mayor, hoy la espléndida catedral sevillana : el monarca consultó á su hijo, y éste contestó airado que si una sola teja faltara del monumento, haría rodar las cabezas de todos los sitiados; y que por cada ladrillo que echase de menos en la torre, no dejaría un infiel con vida. Las huestes cristianas pudieron arrodillarse en la gran mezquita, transformada en templo; y feneció el imperio de los Almohades, y el poeta árabe de Ronda exhaló su triste elegía, plañiendo la pérdida de Sevilla y la ruina del Islam (11).

Ciertamente que se puede llamar dichoso el monarca en cuya cabeza por vez primera se juntaron las coronas de Castilla y León; el que dilató la reconquista hasta el mismo riñón de Andalucía, centro del poder musulmán; el que cimentó las catedrales de Burgos y Toledo; el que estableció la universidad de Salamanca y el fuero de Córdoba; el que inició las Partidas, y todo ello en el corto vivir de treinta y cinco años no más que le otorgó el cielo. Al contemplar en la catedral de Sevilla la imagen del santo Rey, obra



del pincel de Murillo; al ver el tipo demacrado, pero varonil, que creó la inspiración del artista, pensamos que así debió de ser en efecto hombre tan extraordinario, consumido por la llama de la penitencia y por la calentura heroica de la conquista; que sólo se desnudó la cota para vestir el cilicio; que soñó con llevar á las costas de África el hierro y el fuego traído á España por liviandades de Rodrigo, y que murió con una soga al cuello, los pies descalzos, la cuerda de terciario á la cintura y una capa de ceniza por lecho; émulo de Jaime *el Conquistador*, el cual logró este nombre solamente porque su contemporáneo Fernando se llamó *el Santo* (12); esposo, padre, guerrero, asceta, y en todos los estados perfecto. Lafuente reclama para san Fernando el título de *hombre modelo de la Edad media*, otorgado á san Luis por Chateaubriand; y aunque es difícil conceder superioridad á uno de los dos, ello es cierto que el nuestro parece todavía más hábil gobernante que el francés. Librenos Dios de juzgar las acciones humanas según su éxito; no obstante, es evidente que harta sangre y oro cristiano dispendió san Luis en Palestina, que pudo ahorrar si su celo generoso dejase espacio á la previsión política. En amor á su pueblo no cedió san Fernando al hijo de Blanca de Castilla; y nadie como él supo aliar el ejercicio de la regia autoridad al respeto de las franquicias municipales y los derechos del reino. — « Más temo, decía, la maldición de una vejezueña agraviada, que á las lanzas moras. » — Tachan en san Fernando su rigor en perseguir á los herejes, como si la herejía no fuese entonces el más terrible enemigo de la nacionalidad española. Ni en ese terreno fué menos severo que él san Luis.

De la madre del rey francés forma un historiador (13)

este juicio, que en sustancia puede aplicarse á la del español: « Después de haber nutrido á su hijo con su leche, se consagró á educarle con maternal severidad, sin querer en esta tarea más asistencia que la de fray Pacífico, el amigo de san Francisco. » Decía Blanca á Luis todas las mañanas: — « Dulce y caro hijo, eres lo que más amo en el mundo; pero prefiero verte morir á que te manches con un solo pecado mortal » (14). — Fruto de tales enseñanzas fué un Marco Aurelio cristiano, el hombre de lo justo y de lo recto, que antes de obrar se preguntaba á sí mismo si la acción que iba á ejecutar era esencialmente buena ó mala; que según Urbano IV vino al mundo como un ángel de paz, *tanquam pacis angelus*; y según un cronista coetáneo suyo (15), fué la persona que más trabajó para introducir paz y concordia entre sus súbditos; y según Voltaire, armonizó política profunda y justicia exacta, no siendo dado á nadie llevar más allá la virtud. San Luis practicó, en efecto, el sistema — declarado impracticable por los partidos medios — de gobernar acertadamente sin transacciones con el mal. Fué un radical de la virtud; realizó todas sus teorías, y no pactó nunca con la injusticia. Llegó á restituir á las naciones vecinas Estados enteros, movido por un sentimiendo de equidad; y, conforme advierte un escrito moderno (16), acaso por vez primera se vió en la historia que la caridad guiase á un rey, dando resultados más felices que las combinaciones vulgares de la política. Con san Luis empieza Francia á salir de la confusión y anarquía feudales y á poseer leyes, códigos y ordenamientos: por él se establecen tribunales, se administra justicia á los plebeyos y se constituye el poder real, antes fraccionado, y repartido entre ambiciosos y turbulentos barones.



Así era el monarca honrado en el reino y fuera de él, como el astro del día (17). Protector de los siervos, repelió siempre la imposición de la fuerza, reprimió el lujo y la usura; no comprendió jamás la legitimidad del derecho de conquista; y por puro amor á la justicia, llegó hasta oponerse á lo que más respetaba, el poder pontificio; y á reclamar las libertades de la iglesia galicana, si bien esta frase en sus labios no tenía el sentido que le atribuyeron después Fleury y los jansenistas (18). Luis dejaba de noche su tarima para rezar hasta el alba; se entregaba á penitencias que ponen espanto; recorría las calles de su capital en ayunas, vestido pobremente, pisando con desnudos pies el fango y las piedras; y en suma, según la feliz expresión de César Cantú, era Francisco de Asís entronizado y reinando. Quien hubiese leído las *Flore-cillas*, no ignorará un episodio de devoción franciscana: el viaje de san Luis al convento de Perusa y su entrevista con fray Gil.

Al lado de estos coronados terciarios colocaremos otros que también lo fueron con corona de laurel inmarcesible: Dante, Lope de Vega y Calderón de la Barca, usaron el cordón de la Tercera Orden. El Fénix de nuestros ingenios, el fecundísimo dramaturgo, consagró su musa á ensalzar al Serafín de Asís. ¿Quién no leyó los bellos sonetos y romances de Lope de Vega á las *Llagas*, á *San Francisco*? En uno de estos últimos dice:

Vuestro cordón es la escala  
de Jacob, pues hemos visto  
por los nudos de sus pasos  
subir sobre el cielo empero,  
no gigantes, sino humildes;  
porque su brazo divino  
levanta rendidos pechos  
y humilla pechos altivos.

Muchos años antes había escrito Dante:

*Io aveva una corda intorno cinta,  
e con essa pensai alcuna volta  
prender la lonza alla pelle dipinta* (19).

De cuál fuese la admiración profesada por el sumo épico italiano á san Francisco, da testimonio el magnífico canto once del *Paraiso*. Como recuerdo perenne del ingreso de Dante en la Orden Tercera, queda el retrato del poeta, con hábito, pintado por Giotto en la basílica patriarcal de Asís. Es asunto de la pintura el Triunfo de san Francisco, y allí se ve á Dante representando la Orden Tercera; á su lado está la figura de fray Juan Muro, que simboliza la primera, y de una clarisa, emblema de la segunda. San Francisco aparece en actitud de animar á los tres á que trepen á una alta roca.

Monseñor de Segur cuenta á Miguel Ángel y Rafael en el número de los terciarios; pero bastaría para prez de la Orden haber contado en su seno, durante el Renacimiento, á Cervantes (20) y á Colón. Ingresó Cervantes en ella hacia las postrimerías de su vida, « teniendo una vela de cera blanca en la derecha mano, y la cuerda y el hábito sobre la izquierda, falta de movimiento por la herida que recibió en la gloriosa batalla de Lepanto. Cuando le hubieron vestido el hábito, quedó con sotanilla que sólo llegaba á cubrir el calzón, con manga cerrada y férreruelo de estameña, cuello y cuerda que le caía hasta las rodillas (21). » En el punto de su agonía, cuando se entreabría para él la eternidad, « no murió Cervantes en la soledad de la pobreza, pues en su pobreza misma vinieron á acompañarle sus hermanos de la Orden Tercera, para darle socorro con medicinas y palabras de amor y de esperanza de eterna vida. Todos los hermanos de hábito